



Universitas, Revista de Ciencias Sociales

y Humanas

ISSN: 1390-3837

trubio@ups.edu.ec

Universidad Politécnica Salesiana

Ecuador

Rosario Candelier, Bruno

“La Mañosa” de Juan Bosch. La novela socio-realista de la revolución

Universitas, Revista de Ciencias Sociales y Humanas, núm. 21, julio-diciembre, 2014, pp.

133-162

Universidad Politécnica Salesiana

Cuenca, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=476147261007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

“La Mañosa” de Juan Bosch. La novela socio-realista de la revolución

*Juan Bosch’s “La Mañosa”.
A socio-realistic novel about the revolution*

Bruno Rosario Candelier¹
ateneoinsular@hotmail.com

Resumen

En esta novela sobre las revoluciones caudillistas que Juan Bosch dio a conocer con el título de La Mañosa, confirma la maestría narrativa del escritor que había demostrado en la creación de cuentos (*Camino Real*, 1933), el magisterio literario que le acreditaría el sitial más eminente de las letras nacionales y uno de los más prestantes en la narrativa hispanoamericana del siglo XX.

Desde sus primeros textos narrativos, Bosch reflejaría un instinto social muy definido, y por ese instinto supo captar la pobreza en que vivían las grandes masas de las comunidades campesinas, la miseria material y la situación angustiosa de los hombres y mujeres del campo, principalmente la de los humildes labriegos que trabajaban la tierra de sol a sol y padecían las consecuencias de las revoluciones mонтoneras, el núcleo generativo de esta novela.

Bosch es forjador de una literatura social, con una definición precisa en la línea socio-realista, pues imprimió un carácter social, no personal, a los conflictos enfocados en su narrativa. El narrador dominicano tuvo conciencia de ese rol ya que desde niño sintió un instinto social que se reflejaría en su literatura. En el ambiente donde creció, los hijos de los campesinos vivían desnudos, en bohíos con pisos de tierra, tomando agua en higüeros. A Bosch le preocupaba esa doliente realidad social. Ese sentimiento se refleja en su obra literaria.

Palabras claves

Revolución, miseria, social, sociorealismo, lucha.

Forma sugerida de citar: Candelier, B. R. (2014). “La Mañosa” de Juan Bosch. La novela socio-realista de la revolución. *Universitas XII* (21), pp. 133-162. Quito: Editorial Abya Yala/Universidad Politécnica Salesiana.

¹ Ex docente de la Universidad Madre Maestra de Santiago (República Dominicana). Director de la Academia Dominicana de la Lengua.

Abstract

This novel about autocratic (caudillista) revolutions, written by Juan Bosch under the title of “La Mañosa”, substantiates this writer’s master narrative already evident in his short stories (Camino Real, 1933), a masterful command of the written word that credits him with an eminent place in national literary circles as one of the most important writers of 20th century’s Latin American and Spanish literature. His earliest texts show a well-defined instinct for social themes: Bosch knew how to capture the living conditions of poor campesino communities, the material misery and anguish experienced by rural men and women, particularly humble farmers who worked the land from dawn to dusk and suffered the consequences of revolutions of the masses, the basis for his novel.

Bosch carves out a social literature defined most precisely as socio-realist since he imprinted a social, instead of a personal, character on those conflicts portrayed in his narrative. The Dominican writer was conscious of his role because he experienced, even at a young age, a social instinct reflected in his literature. He grew up in an environment where the children of campesinos grew up practically naked, in shacks with dirt floors, drinking water from wooden bowls. Bosch was concerned for that sorrowful social reality, a sentiment reflected in his literary works.

Keywords

Revolution, misery, social, socio-realism, struggle.

El sangriento fantasma de la revolución

Cuando Juan Bosch aparece en el escenario literario nacional, el Gobierno del dictador Rafael Trujillo estaba afianzado en el poder y se había extendido por toda la geografía del país el terror oficial, la censura y la opresión política. Para un joven dotado de sensibilidad social, de preocupación política y de sentimientos humanos en favor de los indefensos hijos del pueblo no había otro camino como el de la literatura para recoger y expresar la frustración, la insatisfacción colectiva, la situación de miseria o cualquier otra manifestación degradante de la condición humana.

Con la publicación de *La Mañosa*, Juan Bosch reitera sus dotes de gran observador de la realidad social del pueblo dominicano con un contundente socio-realismo correspondiente a la capacidad de un hombre abierto y sensible a los problemas de su pueblo y de su tiempo.

El discurso narrativo de *La Mañosa*² constituye la primera representación verbal de las llamadas revoluciones montoneras como base de una ficción. En varias ocasiones se alude a los levantamientos armados como “el sangriento fantasma”. Todo el mundo vivía con el temor de que de un día a otro estallaría la revuelta, y el narrador evoca la ‘revolución’ como una realidad nefasta, desoladora y cruel: “Antes habíamos sufrido largo; si no era algo más que sufrir aquello de vivir en perenne huida, amasando la oscuridad y el lodo de los caminos reales, ya sobre la frontera, ya cruzándola, volviendo y saliendo. Dos veces estuvimos refugiados en las lomas, mientras la tierra se quemaba al cruce de soldados. Extranjero padre y extranjera madre, ignoraban que en estas tierras mozas de América hay que vivir cavando un hoyo y pregonar a voces que es la propia sepultura” (pp. 30-31).

Dondequiera había unos “hombres regados” con sus carabinas terciadas: “La vida del campo estaba suspensa para todo aquello que no fuera la revolución. En las tertulias de casa se contaban historias se sangre; se hablaba de tal pleito, de las bajas que hubo en tal lugar. Cada día aparecían noticias nuevas que nadie sabía de donde procedían, puesto que ninguno de los contertulios salía del Pino. Se decía que las tropas pasaban de noche, y alguien aseguraba que sentía los pasos de la montura” (p. 72).

La narración, centrada en los efectos de la revolución, refleja la creación de un modelo de representación nefasta: “Las pisadas de las bestias, frente a la casa, en el trocito de camino que se nos echaba delante como perro sato; las voces aguardentosas de los revolucionarios; el tintineo de los estribos y los frenos, cuando los animales pretendían sacudirse la lluvia de encima; todo aquel clamor ronco, nuevo y vertiginoso, penetraba en mi habitación, cabeceaba contra las paredes y me golpeaba en las sienes” (p. 86).

El discurso narrativo de *La Mañosa* presenta el punto de vista de los personajes que desfilan por sus páginas. La reacción de la madre ante la tragedia inminente se aprecia en este parlamento:

Mamá se sujetaba ambas manos, apretándolas, y unas lágrimas limpias empezaban a rodarle por las mejillas. Mirándola, José quiso consolarla:

-Esa es la guerra, Doña; no hay remedio... o se mata o lo matan... Pero esas palabras ni a él le satisfacían, porque bien claro se veía el dolor (p.98).

2 Juan Bosch (1936). Las citas en este estudio sobre *La Mañosa* corresponden a la Edición Especial publicada en Santo Domingo en 1974.

La revolución es ante todo un sordo rumor pesimista. En el pueblo “había dudas, decires, pesimismo” (p.71), dice don Pepe al regresar al campo. La angustia oprimía el corazón de todos. Ante el rumor de la revolución, asustaban las pisadas de los caminantes, de las bestezuelas temblorosas, de los alzados impacientes. La desesperación se apoderaba de todos:

¡La revolución! ¡La revolución! En todos los bohíos las manos callosas recogían ropa y hacían bultos; en las pulperías se agotaban las reservas de sal. El que iba a beber ron y a comprar gas, el que iba a comprar creolina y vender frijoles, la mujer que pedía jabón, la que llevaba maíz, todos repetían el clamor: ¡La revolución! ¡La revolución! (p.169).

La revolución, vista desde afuera, llenaba de pavor a los más impasibles espectadores: Una sola descarga parecía desplomar el cielo. Los niños en la casa contaban con la protección de los mayores: “Mamá, como gallina sacada, pretendía cubrirnos con sus brazos” (p. 174), dice el niño narrador.

Era tan terrible el sangriento fantasma de la revolución que su mención se eludía; había que evitar su nombre como una forma de conjuro, como una manera de aniquilar la realidad cruda y nefasta de la guerra:

Pepito alargó el pescuezo y preguntó de improviso:

-¿La revolución, mamá?

-Sí, hijo, están matándose otra vez; pero no se puede hablar de ello (p.48).

“En el pueblo rompió la cosa ya, Doña” (p. 49), le decía Dimas a doña Ángela, con lo cual eludía la mención directa de la palabra revolución, puesto que hasta el nombre aterraba, y con ello, además, preservaba la paz de los niños que lo presenciaban todo y a quienes había que ayudarles a vivir su infancia, vale decir, su dimensión imaginaria, mítica o fantástica, el reino maravilloso de la inocencia sin malicia.

Y es que la revolución lo trastorna todo, hasta los juegos y los ensueños de Juan y Pepito en aquella paz bucólica de la pradera cibaeña. De ahí el justificado temor de las revoluciones, la ansiedad que genera cuando los muchachos “cogen el monte” como pretexto de persecución. De ahí los contundentes calificativos que reciben las revoluciones de parte de los actuantes y figurantes de la narración. Para Dimas no son más que “vagabunderías” (p.22); para don Pepe, “caminos extraviados” (p.63) o “estado... de desorden” (p.67).

En esta novela se califica el procedimiento, aunque no se imputa el hecho en sí mismo, sino la forma de llevarlo a cabo. El autor, por boca de uno de sus personajes, condena el procedimiento, no sus motivaciones, puesto que él está en desacuerdo con la injusticia, la explotación y la prepotencia de los caciques tradicionales. Sutilmente siembra la idea de que la “gente honesta y de trabajo” (p. 64) no se mete en montoneras y revueltas porque conlleva el abandono del hogar y de los hijos, y el daño material y moral a bienes y personas. Expresaba Dimas una queja secular:

Pa’ mí debieran dejar ya esas caballás. Total, nosotros no cambiamos si no es para mal. Sube éste, y el precio del tabaco igual; sube el otro, y lo mismo. Lo más que pueden hacer con nosotros es reclutarnos y llevarnos a un pleito para que nos maten como perros. Cuando están por armar sus desórdenes, todo se les vuelve ir de casa en casa, diciendo que nosotros, los del campo, somos los hombres, que si la revolución triunfa nos salvamos, que si esto, y que si aquello (p.132).

La gente del pueblo se siente, pues, instrumento de intereses dirigidos. Naturalmente lo más nefasto eran los efectos de las revoluciones subrayados por el narrador. A pesar de que el conflicto generador de *La Mañosa* era de naturaleza política, sus repercusiones eran sociales, puesto que las consecuencias de las revueltas armadas, de los alzamientos o mонтонeras, se describen en sus implicaciones directas a los sectores afectados por el sangriento fantasma en sus diferentes vertientes. Apreciamos así efectos materiales, sociales, sicológicos, políticos y morales. Los efectos materiales de la guerra se detallan en este pasaje:

Bien sabía padre cómo cada enemigo cobraba, al amparo de la revuelta; bien sabía padre que no quedaban hombres para torcer andullos; bien sabía padre que las llamas no tardarían en chamuscar los conucos, en marear las hojas de los plátanos; que pronto ardería el maíz, cuando las bandas entraran de noche a asolarlo todo. Y bien sabía que todo dueño de reses encontraría, una mañana cualquiera, los huesos de sus mejores novillos sacrificados en la madrugada (pp. 60-61).

Asimismo los efectos sociales, es decir, la forma cómo afectan las revoluciones al conjunto de la sociedad. La vida del campo se suspende; se disuelve la paz de la pradera; se disipa la dulzura de la campiña a consecuencia del bandiderismo y la crueldad. El camino de los cantones dejaba un bohío sin su hombre:

Había empezado la revuelta. ¡Revolución! Por todos los confines del Cibao rodaba un sangriento fantasma y la misma tierra olía a pólvora. Los hombres iban abandonando los bohíos a mujeres e hijos y se marchaban con la noche, o bajo la madrugada, apretando febrilmente el arma recién conseguida... Y los firmes de las lomas se iban poblando de tiros y de quemadas en las primanoces (p.60).

La belleza de la imagen (“los firmes de las lomas se iban poblando de tiros”) contrasta con los efectos desoladores y terribles que los daños materiales y humanos producían. Los efectos sicológicos son más impactantes por la agitación emocional que sacude a los dolientes moradores:

-Doña, los tiempos son malos, explicó ella, y debemos ser conformes. Ya yo perdí un hijo que se fue con el gobierno años atrás.
Mamá no cabía en su dolor.
-¿Y no sospecha lo que sufre una madre? Empezó a preguntar (p. 52).

El desaliento y la frustración lo copaban todo. En el siguiente diálogo entre el General Fello Macario y don Pepe, se aprecian los efectos políticos:

-¿Necesario, general? ¿Es necesario matar?
-No, matar no, Pepe; pero hay que dar ejemplos.
¡Oh! ¿Y era aquel Fello Macario, el revolucionario noble, el de las generosidades que andaba de boca en boca? (...) A papá se le caía el mundo encima...
-¿De qué ejemplos habla, amigo; de qué ejemplos?
-Esa gente iba a turbar la paz.
Papá quería reír, quería llorar.
-¿Paz?... No, general. Eran hombres serios que andaban buscando la comida de sus hijos.
-No, Pepe; usted no comprende. Esta política... (p.196).
Los efectos de la revolución son acerbamente desalentadores, sobre todo cuando afectan la moral del individuo. Los efectos morales de la revolución se comprenden por el siguiente fragmento:
Meciendo la cabeza como copa de palmera, Dimas dijo:
-La gente es peor que las bestias...
En su rincón, Carmita pensaba en los hijos, mientras se apagaban los ojos. Mero veía a papá y a mi lado lloraba Madre (p.197).

Todos los efectos indeseables de la revolución pueden condenarse en otros más lastimeros: los efectos deprimentes que sintetiza este angustioso parlamento de don Pepe:

Vivíamos con brega y, con muchas privaciones; pero vivíamos. En eso, la maldita revolución que revienta... No sabe uno dónde estar ni con quién. Cuando Fello Macario se alzó, corrieron a casa, me cogieron zapatos, comida, dinero, telas... Todo eso dizque lo pagaban a los pocos días (...); pero cuando creíamos que estaba mejor la cosa, lo derrotan y me embromo... (pp. 155-156).

La vocación social de Juan Bosch era un sentimiento que le venía desde muy joven, como él mismo confiesa en la siguiente entrevista:

(...) desde niño yo tuve un instinto social muy desarrollado (...) y ese instinto social iba a reflejarse en la literatura mía... Nosotros teníamos buena ropa, zapatos, íbamos a la escuela, comíamos bien. Y, en cambio, los niños del pueblo, sobre todo los hijos de los campesinos ¡pobrecitos! Vivían desnudos, viviendo en bohíos con pisos de tierra, tomando agua en higüeros sucios. A mí me preocupaba mucho eso, me dolía mucho, me producía dolor y todavía hoy lo recuerdo con dolor y amargura. Ese sentimiento mío, de carácter social, no personal, se reflejaría en mi literatura. En cambio, en Horacio Quiroga los cuentos son de personas, no de situaciones sociales específicas. Esa es la diferencia³.

Hasta la inocente mula, que da título a la novela, sufre los efectos destructores de la revolución. La mulita, que don Pepe consiguió un día en uno de sus viajes, fue la admiración del vecindario. Era oscura como la hoja seca del cacao; lanuda, graciosa, juguetona. Creció con los niños, y a la lana había sucedido una piel parda; pero era gruñona y corcoveaba cuando la querían enfrenar. De ahí el nombre de “Mañosa”. Dice el narrador:

Para el tiempo en que llegamos al Pino la Mañosa era ya imprescindible. En ella hacía padre los viajes de negocios y los viajes veloces al pueblo en busca de medicinas, de ropas o de cartas. Mero, que había dejado Río Verde para seguirnos, la quería entrañablemente” (p.33).

Y tanto la llegaron a querer, que la Mañosa se convirtió en una bestia consentida. La descripción de su figura nos recuerda a Platero de J.R. Jiménez:

La Mañosa se mecía constantemente de atrás adelante, de un lado a otro, nerviosa como muchacha. Tenía figura de estampa, limpia, brillante, pequeña, rellena. Era oscura como la madera a medio quemar; tenía la mirada inteligente y cari-

3 En Augusto Ovando, “Entrevista indiscreta”, en Hoy, 1985: 11.

ñosa; las patas, finas y seguras; las pezuñas menudas, redondas, negras y duras. Todo en ella era vistoso y simpático. Simeón se esmeraba en hacerla más linda, más digna del amor que le profesábamos en casa (p.36).

Con Mañosa monologaba Mero y a ella le dirigía las palabras tiernas que tenía sepultas, las que no les decía a los suyos; era su confidente y su amiga. Pero aquella mulita “pretenciosa, parejera y bonita” (p.143), fue también víctima de la atroz revolución. Cuando volvió a la casa -puesto que don Pepe se la había prestado al general Macario- “era un despojo”, un “lamentable esqueleto” (p.138).

Las repercusiones sociales o individuales de los efectos de la revolución –y hasta los rumores sobre la revolución– provocan la reacción de los personajes y articulan la trama narrativa de una novela cuya atención central está en las expectativas de las gentes y los hechos. La angustia generalizada, motivada en temores, sospechas, rumores, termina en lamentos, dolores y frustraciones (“tengo el alma podrida”, p. 197).

El botín de la lucha mонтонера

La Mañosa se centra en la caracterización de un modelo de praxis ‘revolucionara’ que denuncia los verdaderos móviles de una actitud pseudo patriótica fundada en la idea del poder como botín, tal como la practican los políticos inescrupulosos al no disimular la formulación de una lucha por una posición que no busca servir sino servirse.

El código revolucionario de los tiempos de “Concho Primo” era determinante: luchar contra el gobierno establecido y suplantarla por las huestes sublevadas que se repartían entre sí el anhelado botín: “Llegaba la revolución en triunfos (...); entraba vencedor el gobierno, y terminaba en lo mismo” (p.31). En todos los casos se repite el mismo fenómeno: “Triunfante el gobierno, entró y se llevó lo que encontró a mano: hombres, cerdos, víveres y hasta una muchacha que se fue tras el oficial” (p.125).

El modelo referente pretende ser una réplica fiel de la realidad. La etapa histórica narrada en La Mañosa la llegó a conocer Juan Bosch, y por esa vivencia retrata con realismo y precisión detalles y aspectos ligados a ese tipo de lucha del pasado: el comportamiento del revolucionario, el guerrillero con su

carabina terciada, las apetencias inocultables de los jefes revolucionarios. En *Composición social dominicana*, Bosch pone el ejemplo de Desiderio Arias quien al comenzar “su vida de guerrillero su posición social no pasaba de la baja pequeña burguesía”, pero al morir a manos de las fuerzas de Trujillo, “era propietario de una finca importante en la región de Mao, de manera que terminó su vida como fuerte terrateniente...” (3). En efecto, muchos esperaban la revolución “con la esperanza de cobrar algo” (p. 165), aunque el general Fello Macario, líder guerrillero de La Mañosa, originalmente tuvo como móvil la venganza de la muerte de un hermano suyo. Pero no se lanzó a la lucha hasta que su sensibilidad se sintió herida por la injusticia. Fue entonces cuando Fello Macario se armó de revólver, visitó bohíos, comprometió gente y bajó de las lomas al frente de un centenar de hombres: “Cuando pudieron darse cuenta, había florecido un nuevo general sobre el estercolero de una injusticia: el general Fello Macario” (p.157).

Su figura fue idealizada por el pueblo y su prestigio se extendió por el Cibao y colmó los confines del país. A él se le reconocían “valor, nobleza, entereza, dignidad” (p.157). El narrador describe al general Macario como un “caudillo generoso y valiente” (p.64); “jinete elegante, de pecho salido” con un “rostro viril”, y era “sereno, arrogante, seguro, como hombre acostumbrado al mando” (p.84). Leal y buen amigo, era el caudillo amado que había nacido para mandar:

Así era: hombre endiablado, que no sabía vivir si no era volcando sobre la tierra montoneras de vida; que removía los más oscuros instintos de sus prójimos y los arrastraba tras la cola de su caballo rosillo; que había nacido capitán, como José Veras había nacido ladrón (p.133).

Pero ese general noble y generoso, respetado y bueno, que inicialmente tenía razones válidas por las cuales luchar, degeneró como combatiente que lucha por un ideal de justicia y solidaridad: “El general Fello Macario metió su tropa en la fortaleza, copó las bocacalles, ocupó los pasos de los ríos y se nombró a sí mismo gobernador. Apenas sabía firmar, pero rubricaba como ninguno con su sable páginas horrendas escritas en las sabanas o en los callejones” (p.182). Es decir, aquel héroe popular, aquel hombre con una motivación auténtica, terminaría haciendo lo que hacen los políticos inescrupulosos, como los otros, de modo que “su imagen de combatiente leal a ciertos principios” quedaría des-

truida, como dice Bosch en las páginas liminares. Esa “imagen destruida” se ve plasmada en este pasaje con sobrada elocuencia:

Una que otra tarde, grupo de tres, de cuatro, de cinco hombres armados pasaban hacia el pueblo. Eran los rezagados los que se habían quedado requisando en el camino o los que habían guardado puestos avanzados. Algunos iban en son de agregados, sin otro título que el de simpatizadores. Pretendían todos coger su tajada de la res que el general Fello Macario desollaba a su antojo en el pueblo (p. 185).

He ahí la expresión clave y contundente: todos pretendían coger “la tajada de la res”, lo que retrata de cuerpo entero a los que pretenden cobijarse bajo un discurso seudo-revolucionario para embauchar al pueblo y ocultar sus reales apetencias y ambiciones. Solo buscan la “tajada de la res”, mientras ocultan sus verdaderas intenciones mediante la retórica populista y sus engañosas promesas que confunden a los que no saben distinguir entre aquellos que se sirven del pueblo con solapada demagogia y los que en verdad quieren servirle sin egoísmos subalternos y con vocación altruista.

A pesar del tiempo transcurrido después de la denuncia ilustrada en *La Mañosa* apreciamos que la voracidad que motiva el alzamiento de los ‘revolucionarios’ mонтонeros se ha multiplicado. Todos pretenden coger la “tajada de la res” del Estado a como dé lugar. La ideología del capitalismo inhumano se nos ha metido entre los tuétanos de los huesos, como el colesterol en la sangre. Se anhela esa “tajada de la res” contra todo valor o virtud, contra cualquier moral o principio. No importa el instrumento (la política, los negocios inescrupulosos o la competencia desleal). Lo importante es llegar a acumular una cuantiosa fortuna.

En los tiempos en que Bosch escribió *La Mañosa* la gente se conformaba con tener lo necesario para vivir, y aunque siempre han existido los ambiciosos, entonces no se conocía esa rapiña insaciable de nuestro tiempo. Ya no se busca la simple “tajada de la res”; se araña la gran tajada, vale decir, un botín millonario, rápido y fácil, y por eso contamos con partidos cuyos puestos no alcanzan para tantos aspirantes o precandidatos. ¿Quién le diría al autor de *La Mañosa* que mucho tiempo después de publicada, la novela conservaría toda su alusión simbólica para nuestros días y podríamos hacer a su través un diagnóstico de la realidad social y hasta una lectura parabólica de su contenido con sugerentes implicaciones al comportamiento moderno para asombro de los que

contemplan aquellos enfrentamientos como anticipo de lo que conocemos en la actualidad? Ya no escuchamos, es cierto, relinchos mañosos en polvorrientos caminos reales; ahora son fuertes acelerones en lujosas yipetas que usufructúan los modernos traficantes de la política vernácula.

La inutilidad de las contiendas caudillistas

Dos son los rasgos caracterizados de la fisonomía de los levantamientos armados: por un lado, la justificación mesiánica, concebida como la apelación histórica para desplazar del poder a sus incumbentes; y por otro, la motivación solapada del botín que representa el poder del Estado, entendida, según esta manifestación tradicional, como la “tajada de la res” que hay que repartir entre los aliados y seguidores del caudillo triunfante. Entre los lugareños, las actitudes ante la revolución eran disímiles. Mientras para unos pocos se trataba de una fiesta (“la fiesta de los tiroteos”, p.106), para la mayoría era una verdadera calamidad. Bosch condena el engaño a que han sido sometidos los hombres del pueblo.

Ya vimos como la revolución neutralizaba las fuerzas productivas. Y los campesinos manifestaban de una forma u otra su miedo ante el aviso de la revolución. El narrador testigo capta la opinión de los mayores y condena el procedimiento de las montoneras:

(...) aunque yo no entendiera que vivir era cosa difícil, se lo oía decir a los mayores, y la vida, tal como estaba, me llenaba de sustos. Sabía que la revolución estancaba las fuerzas en marcha; que entre los conucos iba haciendo estragos el bejuco bravo; que el maíz ennegrecía al sol, sin que la mano que lo había sembrado fuera a recogerlo; que en su propio tallo se hacía tripa oscura e inútil la fragante hoja del tabaco, y, sobre todo, que por los callejones de cada campo empezaba a crecer el fantasma del hambre (p. 95).

El autor combate asimismo la crueldad de aquellos seres desalmados y lamenta que la revolución genere el desdén por el trabajo, o el morbo vengativo, y por boca de don Pepe desaprueba los linchamientos injustificados:

No se trata ahora de política. Se trata de que antes eran hombres como usté y yo, con hijos a quienes querer, y con mujeres; se trata de que antes eran hombres y ahora no son nada, porque usté ordenó que los volvieran nada... (p.196).

Al hablar de la revolución, el tratamiento verbal empleado mitiga su gravedad mediante la elaboración estética del lenguaje, aspecto que le da un matriz modernista aliento narrativo de **La Mañosa**: al señalarle a doña Ángela que esta es una “tierra endiablada” puesto que milagrosamente había retornado al hogar entre peripecias y escaramuzas, apunta el narrador que “un golpe de viento hizo tambalear la luz, que pareció borracha” (p.56).

Al final de la novela, la frustración de Dimas se expresa en este coloquio: -“La gente es peor que las bestias...”, y concluye don Pepe con esta dramática sentencia:

-“A mi mula le pude quitar las mañas; pero a los hombres nadie se las quita” (p.198).

Porque en verdad en aquellos tiempos conchoprimescos la revolución era una maña, una maña nacional como dice nuestro eximio escritor en el prólogo, tan arraigada que no la detenían ni los días soleados del trópico, ni las noches idílicas de la campiña, ni las faldas tentadoras de la mulata criolla en la fiesta campesina.

En un atinado comentario publicado en el Listín Diario a raíz de la primera edición de *La Mañosa*, decía Rafael Santana Santana:

Este libro cumple su misión genérica: Humanizar la desolación que trae consigo la contienda civil. No para arrancarle al pueblo dominicano su espíritu berberisco, sino para orientárselo en el dolor de lo que se pierde peleando así, o mejor dicho, para que se reserve esa fiesta de los tiros para mejores ocasiones del patriotismo nacional⁴.

Visión idílica de la campiña

El modelo imaginario de *La Mañosa* presenta en el ámbito de la ficción una descripción bucólica de la campiña como contrapeso a la nefasta realidad de la revolución. Desde el pórtico de la novela se nos presenta la visión idílica de la pradera:

⁴ Rafael Santana y Santana, “Sobre *La Mañosa*”, en Listín Diario, Santo Domingo, 13 de septiembre de 1936. Reproducido en Ahora N° 349, Santo Domingo, julio de 1970, pp. 23-24.

Eran mansas como vacas viejas aquellas noches estrelladas del Pino. A veces iba Simeón; tarde, después de ver la novia, se detenía en la puerta Mero; una que otra noche no iban ni el uno ni el otro; pero jamás faltaba Dimas. Si llovía se entraba el agua en la cocina y se tertulaba en la casa; bebían café, hablaban de la cosecha, de los malos tiempos, de la muerte de algún compadre. De mes en mes reventaba la luna por encima de la Encrucijada. Una luz verde y pálida nadaba entonces sobre los potreros... (p.18).

En *La Mañosa*, Bosch es un barroco socio-realista. Los hechos y los temas que dan vida a esta novela se desarrollan en el Cibao Central, el corazón de esa ubérrima región dominicana caracterizada por una tierra generosa y dulce. Desde su casa el niño describe lo que ve:

Desde la puerta veíamos el tupido monte que orillaba el Yaquecillo: pomares, palmas reales, guayabales, algunos robles florecidos; a la izquierda se hacía alta y sólida la tierra en las lomas de Cortadera y Pedregal; a la derecha, siempre pegado al camino como potranca a yegua, se iba el monte haciendo pequeño, pequeño, cada vez más, hasta arremolinarse en la fronda que cubría la primera curva (p.43).

Y allí, unas veces en el Pino, que está entre La Vega y Bonao, y otras en Río Verde, ubicado entre La Vega y Moca, se desenvuelve la vida del niño que narra los hechos y aventuras que oye contar a los mayores. Por ejemplo, esta es la descripción que nos da del montero, ese valiente cazador de los temibles animales salvajes entre los montes huraños y distantes:

Vivía cazando, persiguiendo reses cimarronas. Pero los animales fueron abandonando lentamente el sitio, seguido por manadas de perros jíbaros, y un día el hombre se vio forzado a dejar el rancho. Tomó los firmes de la cordillera, siempre tras las huellas de las reses, barbudo, silencioso y recio; bajaba de año en año, en busca de pólvora o a vender pieles (p.19).

En otro pasaje lleno de dramatismo narra la lucha del montero con la bestia feroz:

Cuando quiso darse cuenta, estaba el animal paradito a la vera de nosotros con los ojos prendidos y dos chifles como dos sables. ¡No quiera usté saber el susto que me di, don Pepe, cogí la carabina con una mano y con la otra jalé a Blanquito y en lo que se revuelca un burro ya estábamos nosotros arrinconados. El diache

del animal era el mismo diablo, don Pepe: un toro más grande que yo, berrendo, negro, con un yunque como el tronco de una ceiba. Nosotros rompimos a correr por entre los palos y él a largarle pezuñas a la candela. Saltaban las brazas arriba de él, y el metiéndoles cacho. Muertos de susto estábamos y sin poder correr por entre ese monte más negro que el carbón y tupido de bejucos. Yo quería flojarle un tiro; pero no dábamos a poder desollarlo esa noche, contimás que esos pájaros son muy delicados, y donde usted mata uno se arremolinan todos a pitar y a gritar. Yo estaba, don Pepe, con el corazón en la boca. Los perros ladraban, saltaban y se le daban encima al animal... (p.116).

El estilo de contar, afín a las pautas criollistas, está en el tono local y el habla vulgar de diversos pasajes descriptivos y narrativos que se practican en esta novela, lo que va en sintonía con la vida del campo, que el niño-narrador evoca al hablar de la plácida vida hogareña en la campiña cibaeña, hecho que subraya al asociarlo al momento encantador de los cuentos de caminos y las veladas nocturnas con sus relatos fantásticos.

Recuerda que su padre los llamaba a él y Pepito a su cama y les hacía relatos maravillosos de mulos que hablaban, del río que se iba volando, de las golondrinas que le contaban sus travesuras infantiles. La placidez de la pradera se potenciaba con la presencia del padre cuya imagen es dulce y cariñosa, como la de la madre, tierna y bondadosa.

El paisaje es, en la visión del narrador, presencia luminosa, magia cautivante, lujuria sabanera salpicada delpiar de las ciguas y los arroyos saltarines:

Poco a poco me fui internando en el estrecho paisaje, donde los helechos crecían con inmenso verdor y se alzaban enormes canas de castilla. Hacia el Sur distinguí los cuernos de una res que había bajado a engañar su sed; dos ciguas saltaban y piaban a escasa varas del camino que pasaba por el arroyo sin saltarlo y sin perderse en él... (p.53).

Valores campesinos tradicionales

Siendo el campo el escenario natural de los hechos narrados en *La Mañosa* es lógico que apreciemos a través de sus páginas los rasgos y perfiles socioculturales propios de los hombres y las mujeres de la zona campesina.

Entre esos rasgos tenemos el machismo, que a pesar de ser dominante en la cultura tradicional campesina, da a la mujer un tratamiento respetuoso. El machista tradicional ejerce un dominio sobre la mujer, pero la trata con respeto y consideración. Uno de los personajes apreciados en la casa de don Pepe era Dimas, quien gozaba de la confianza y el aprecio de todos. En una de las tertulias familiares al llegar doña Ángela, Dimas “se destocó haciendo una reverencia rural que transcendía nobleza y sinceridad” (p.48).

Según el concepto tradicional, al casarse la mujer se consagra a las tareas del hogar, a parir, criar muchachos y a atender los pormenores de la casa:

Madre no distaba mucho de papá, si bien era más fuerte en sus sentimientos: había que odiar esto o amar aquello; con eso le bastaba. No podía, como padre, ver lo que pensaba. Apegada a lo viejo, la mujer, según ella, debía hablar poco, trabajar sin descanso y vivir de puertas adentro (pp. 28-29).

El hombre en cambio se dedicaba al cultivo de la tierra, y como buen labriego aprecia en todo lo que valen “los potreros, el hogar, la mujer y los hijos” (p.61). Cuando quiere, cuando siente cariño o amor, nadie es tan solidario con sus semejantes como el hombre del campo, y lo demuestra en las buenas y en las malas, y aunque disimule las expresiones afectivas es tierno y sensitivo. El niño Juan sentía el afecto entrañable de José Veras y así lo manifiesta cuando este llegaba a la casa, y recibía de él el abrazo emotivo, la caricia sincera. El afecto es tan importante como el alimento, y junto con el lenguaje, troquela y moldea nuestra personalidad, nuestro talante y nuestros sentimientos. El niño del campo crece con las atenciones afectivas que precisa para su desarrollo normal, y así lo evidencia el niño narrador cuando expresa el amor que le nacía de su pecho, “un amor vasto y tranquilo, para las piedras y los animales, para las plantas y los hombres, para la tierra y para el agua...” (p.135). Todo el mundo actúa en la vida de acuerdo con principios que le fueron inculcados en la infancia, y eso lo sabe el autor de *La Mañosa*, y lo refleja a través del comportamiento de sus personajes, cuando, por ejemplo, el amor se trueca en acción solidaria, en generosidad compartida, ya que en su defecto, germina el odio y la envidia y aquellos sentimientos negativos y degradantes que hacen a los hombres vengativos y crueles cuando nadie, “absolutamente nadie les sembró en el pecho, cuando eran niños, la semilla de la generosidad” (p.136). No es extraño, pues,

que tratándose del campo, nos encontremos, como expresión de solidaridad, con la ‘junta’ campesina para resolverle un problema al vecino o coterráneo:

A mediodía, cuando retornaron, supimos que había estado arreglando el bohío donde dormía José Veras. Le chapearon el frente y los lados, le remendaron el techo con yaguas nuevas, le aseguraron las tablas falsas y le pusieron trancas en las puertas. De donde Simeón trajeron un catre medio viejo, algo sucio de polvo y telarañas, y Mero lo llevó allá, después que hubo comido (p.127).

Y si se trata de una enfermedad no hay quien regatee de sacrificios o contribución para curar al enfermo: están la curiosa curandera, las plantas medicinales o la plegaria fervorosa:

Mero tenía una expresión bulliciosa, infantil y agradable. Contó que el sobrino había estado a la puerta de la muerte; pero que él consiguió una curandera que lo salvó con sopas de auyamas y unas friegas de no sé qué hojas maceradas en aguardiente (p.124).

Naturalmente, nuestro hombre del campo, atado a inveteradas creencias mágicas ó supersticiosas, cree en fantasmas y aparecidos. Cuando José Veras debió dormir en un bohío desvencijado, el narrador nos presenta una escena que refleja la actitud tradicional del campesino criollo:

Las yaguas calcinadas se le caían a pedazos, y el viento cantaba con ronca voz entre sus rendijas. Todos decían que en aquel bohío salían muertos. La vegetación que le rodeaba era greñuda, llena de mayas, pajonales y bejucos; estos gateaban por las esquinas del bohío y rompían en verdor sobre el techo. En el Pino nadie se hubiera arriesgado a dormir en él; y cuando mamá le preguntó como se atrevía a hacerlo, le contestó José Veras que para los muertos tenía su oración y para los vivos su revólver (p.70).

Para el hombre formado en los valores tradicionales, la oración es el pararrayo contra las adversidades de la vida, y la fe en Dios, la fuerza que restaura y purifica. El niño siente un “luminosa dulzura” al rezar, y refiere la costumbre de la madre cuando al anochecer se preparaba el sueño con la luz de las velas y el aliento de la fe:

Le encendíamos (a San Antonio) una hedionda vela de cera negra, se la poníamos en frente, y aquella lengua de luz que se gastaba en humo denso, llenaba de resplandores rosados los más lejanos trozos de pared. El santo parecía llenarse de rubor, y la llamita le lamía la calva con enfermizo placer. A menudo me sorprendía a mí mismo alejado de la oración, de los santos, de la tierra: me mecía en una especie de vacío total, embriagado levemente por aquella lucecita temblorosa que daba tumbos a cada empujón del viento húmedo y rendijero, que parecía quemar la mejillas de Pepito y alumbraba los ojos oscuros de mamá (...). Madre abría los labios y los juntaba tan de prisa que podíamos seguir su movimiento; pero ni un murmullo salía de ellos; era la oración sepulta y sincera... (p.46).

Otra de las costumbres campesinas es la de la tertulia de los hombres en el zaguán o la cocina, o en la pulperia donde se juntaban lugareños para enterarse del chisme infaltable o contar el cuento de camino o el suceso inesperado con el salero natural de un narrador de pueblo:

-Yo andaba con uno de mis muchachos buscando caoba; teníamos buen trecho caminado cuando nos topamos la culebra... estábamos en la cocina. Las llamas del fogón se alzaban y removían incasablemente. Pepito y yo atendíamos a Dímas mientras papá hacía chistes sobre la lentitud con que mamá preparaba el café (p.17).

Generalmente las tertulias se hacen en la tarde o al anochecer. El amanecer lo anuncian los gallos, y es en el campo donde verdaderamente se siente que el canto de los gallos picotea el velo de la aurora: "Los gallos empezaban a cantar la media, uno tras otro, en el vasto círculo del campo..." (p.102).

Se tiene en gran estima la hombría, o lo que es lo mismo, fuerza, valor y determinación; por eso van aliados la pólvora y el ron, según la apreciación del general Fello Macario, y en una ocasión los mezcló en un bebedizo para la fiebre del niño, alegando que "esa era la medicina de los hombres" (p.87).

La fiesta campesina es infaltable, y hasta la misma tambora, en tiempos de revolución, se siente "con ritmos de tiroteo lejano" y era "una voz desgarrada" la del acordeón:

Desde muchas noches antes a la del sábado se oía retumbar la tambora por los lados de Jagüey Adentro. Eran ruidos sordos, epilépticos, con ritmo de tiroteo lejano. Los hombres ensayaban merengues, y cuando la brisa venía del este, llegaba hasta nosotros la voz desgarrada del acordeón (p.72).

La de la juventud era entonces una diversión sana, tradición y valores que se aprendían en el hogar, pues la buena crianza estaba entre los fundamentos morales de la educación. De los hijos de Dimas, dice, “no nos visitaban con frecuencia, porque estaban en la edad de hacerles ruedas a faldas jóvenes y libres; y por eso se les encontraba en los campos distantes, en las galleras o en las fiestas; de noche, sobre todo, se mantenían en velaciones lejanas” (p.68).

Sin embargo, a pesar de las buenas costumbres, en ocasiones altera el ánimo la excitación del aguardiente, la percusión provocativa del acordeón o la voz altanera del cinto intrigante:

Él sabía bien cómo va levantando el ánimo la copa apurada si medida, cómo enardece la música tosca del acordeón. En toda fiesta flota un vaho viril y cruel, un olor confuso de sudor y de mulo caminado, una pestilencia de pólvora, que acaba poseyendo a los hombres y termina en chorros de sangre (p.73).

La paz bucólica de la pradera

La representación de la realidad nefasta se hace para configurar mejor el mundo que el narrador propone como ideal o deseable. Al irrumpir la revolución adviene la destrucción no sólo de bienes y de vidas sino de la paz bucólica de la campiña, y el deterioro material y moral que la misma produce, lleva a postular otra forma de lucha más patriótica que minimice las pérdidas materiales y humanas. Don Pepe se escandaliza por las actuaciones de Monsito Peña, el caudillo adversario, y rechaza la pena de muerte que impone el general Macario, advirtiendo que matar en nombre de la paz es un contrasentido, sobre todo, cuando se trataba de “hombres serios que andaban buscando la comida de sus hijos” (p.196).

Cuando al comienzo Bosch crea el mundo del niño que narra, la revolución es solo un recuerdo, el recuerdo nefasto del sangriento fantasma. De modo que antes de sufrir los efectos de la revolución, la familia que habita la casa junto al camino real, los esposos (don Pepe y doña Ángela) y sus hijos (Juan y Pepito) llevan una vida en armonía, sin nada extraño que altere la paz bucólica de aquel ambiente idílico. El niño-narrador recuerda los cuentos de las andanzas de su padre, que fábula para poblar aquella imaginación infantil de vivencias inolvidables: “Nada en casa tan alegre, tan jubiloso como los amaneceres” (p.29),

dice al evocar la ternura del padre. Es la forma de exaltar la vida en la campiña, la felicidad de la pradera, el mundo deseable que opone al mundo nefasto de las luchas fratricidas:

¡Oh la vida aquella, tranquila, fresca y satisfecha como una tinaja! Todo el campo haciéndose ondulado, ancho y luminoso frente a nosotros; el sustento traído y llevado en aparejos de mulos y serones claros; la salud en risas, el día en trabajos y la noche en cuentos... (p.30).

El Pino es el símbolo de la paz bucólica de la pradera, la representación del encanto de la vida campestre, la expresión idílica y auténtica de la campiña: “Eran mansas como las vacas aquellas noches estrelladas del Pino... una luz verde y pálida nadaba entonces sobre los potreros...” (p.18). El autor de *La Mañosa* tuvo una niñez “saturada de campo” (p.57) y por eso aflora en esta novela, fruto de la vivencia inolvidable en la etapa de la vida en que se echan raíces afectivas.

Lo opuesto a la guerra es la paz, y en la propuesta fictiva que hay en *La Mañosa* la paz es el ideal modélico, la realidad arquetípica, la creación ejemplar que suplanta la estéril lucha montonera en la realidad nefasta: “Aquella luz, aquel silencio, aquella especie de sueño que tenían los días, era la paz...” (p.113).

También Río Verde encarnaba la expresión auténtica de la campiña. Era el lugar ideal para la ‘ficción de la pradera’. En el modelo boschiano de *La Mañosa*, el influjo de arquetipo imaginario sobre la misma realidad halla su eco en aquel paraje campesino de su Vega natal y entrañable, y al evocarlo el autor parece participar de una comunión entrañable con la Naturaleza al modo como se compenetran los místicos con criaturas y elementos:

Me gustaba aquel campo (Río Verde); pero me gustaba de una manera honda, difícil de explicar. Encontraba que allí se me volvía pesada de felicidad el alma; que una confianza inexplicable me poseía al lado del abuelo...El mismo lugarezco era encantador, recatado, silencioso; más poblado que el Pino; con más niños de mi edad, un río bastante robusto y una vegetación rica en árboles frutales diversa y henchida. Todo allí parecía vivir jocundamente, con placer de estar vivo (p.129).

“Todo allí parecía vivir jocundamente”, decía el párrafo anterior. En efecto, jocunda era la vida en la pradera. La ubicación de los hechos en el corazón del Cibao, en medio de una impresionante luxuria vegetal, es una forma de contraponer, a la terrible y desolante ferocidad de las revoluciones, la floración idílica y bucólica, que en el mismo plano de la realidad competía con la propuesta fictiva en el plano evocado en la fabulación.

No es obra del azar la creación del ambiente familiar, núcleo convergente de todo cuanto ocurre, y sobre todo, en un hogar campesino, de estilo tradicional, de vida armoniosa, de relaciones entrañables, y que configura la perspectiva narrativa de cuanto se dice y se cuenta en la novela. Y no es antojadiza ocurrencia del autor ubicar la novela en el escenario campesino, porque era en los campos donde se reclutaban hombres para la revolución y en los montes se acantonaban para organizar la acción armada contra el gobierno establecido o contra el caudillo adversario.

Mientras se vive a la expectativa de la revolución, el narrador describe la casa en el campo, los rasgos tradicionales, el ambiente rural. Y el ambiente rural y el paisaje reciben la atención merecida. La casa estaba pegada al camino:

Era grande, de madera, techada de zinc, y el sol le había dado ese color de suela tostada que tenía. Antes de llegar a ella había que cruzar el Yaquecillo. Y poco más adelante, el Jagüey. El Jagüey era misterioso, porque cuando llovía era río, y cuando no, se lo tragaba la arena quemada del cauce, para reaparecer bastante lejos, en la vuelta que daba por nuestros potreros... El lado Norte de la casa daba al camino... la habitación esquinera servía de almacén y pulperia en la cual, medio hundidos en la penumbra, se amontonaban siempre serenos de andullos, cargas de maíz, sacos de frijoles... (p.41).

Como la casa estaba junto al camino real, sus moradores se enteraban de todo el que pasaba y de cuanto acontecía en el vecindario y más allá:

Papá y yo estábamos en el camino real, junto al portón. Veíamos aquel desfile abigarrado... la tarde se arrimaba también hacia allá, hacia Jagüey adentro; parecía ir cruzando el cielo en amplios trazos de luz morada. Oíamos claramente la tambora con su ruido esquivo, veloz, desesperante. Por el camino, venía Dimas... (p.73).

Y las figuraciones empleadas son las más apropiadas al ambiente campesino, las imágenes naturalistas, que se adaptan con una pertinencia precisa al

escenario rural o aldeano. Hablar de la campiña es nombrar el potrero, los caminos reales, la pradera jocunda, el brillo de las estrellas o las noches de luna llena, y qué mejor que hacerlo con las cosas que guardan relación íntima con el campo cibaeño y su pradera:

...reventaba la luna por encima de la Encrucijada. Una luz verde y pálida nadaba entonces sobre los potreros, subía las lomas distantes de Cortadera y Pedregal, engrasaba las hojas de los árboles que orillaban el Yaquecillo... (p.18).

Las imágenes naturalistas se suceden a granel. De las muchachas se dice que “movían las caderas con vaivenes de hamacas y todas tenían ojos encendidos, como fogones en las medias noches” (p.73). Lo mismo metafórica (“aquel ancho campo no le cabía en ellos -los ojos de doña Ángela, p.179) que comparativas (“papá era hombre arisco como lagarto” (p. 37), el conjunto de las imágenes subrayan el aliento poético de *La Mañosa* como una forma de suavizar la rudeza de la lucha y la gravidez de la revolución.

En todo momento se siente el ambiente tropical visualizado en el luminoso sol caribeño. En el patio “el sol derrengaba la cocina y los naranjos” (p.182). En aquella apacible pradera, “la sabana toda, amplia y pelada, rezumba azul claridad” (p.58), y aquel sol inclemente “derretía la tarde en los caminos reales” (p.33). Y a ratos se humaniza. El sol nuestro, como un niño malcriado, comete travesuras: “El sol rubio, retozón y malcriado, llenaba de oro los pardos caminos del campo” (p.90). Y como un viejo derrengado, le faltan las fuerzas para bañar aquellas tierras negras, “de tan tupida vegetación que el sol cae muerto de cansancio sobre los recios árboles antes de poder besar el suelo” (p.115). Otras veces, con lujuriosa curiosidad, persigue las faldas de las lomas como a una sensual muchacha: “Persistía la tarde en hacerse sentir. Ya aparecía sobre nosotros una inmensa nube parda y el sol descendía de prisa, como deseando echarse a rodar por las faldas de las lomas” (p.162).

La estructura narrativa

En la organización narrativa lo primero que hace Bosch es presentar el mundo mítico del niño-narrador. Esa presentación del estado puro e ingenuo

de la infancia de hace para contrastar la cruda realidad de la revolución con el modelo imaginario implícito en el arquetipo fabuloso de la ficción.

Entre las técnicas narrativas más importantes figura la de la anticipación. O prolepsis, como se le conoce en la antigua retórica y que fuera aplicada con acierto por Homero. Antes de hacerse realidad, el narrador evoca las revoluciones como una realidad nefasta y terrible, o anticipa su ocurrencia con sus consecuencias desoladoras y angustiosas. En ocasiones se vale de uno de sus personajes para ello: “Yo tengo necesidá de mandar una recuita de tabaco al pueblo, y quisiera hacerlo con los muchachos de Dimas; pero asigún entiendo los asuntos están a voltiarse” (p.38).

Con el mismo propósito anticipado, se alude el bando contrario capitaneado por Monsito Peña: “-Don Pepe, póngame caso. Ya se está juntando la gente de Monsito Peña” (p.37).

Muy de tarde en tarde se hablaba de revueltas en un lugar en donde “se vivía dulcemente, sin que nos sacudieran malas noticias ni persecuciones” (p.31). Esas “malas noticias” o “persecuciones” generalmente venían del bando contrario, del cantón de Monsito Peña, líder del “campo enemigo”, “cabecilla sanguinario y sordo al perdón” (p.64). Era cruel y sádico: casos había en que mandaba a cortarles las orejas a los soldados atrapados y se las hacía comer cocinadas (ver p. 158); era tan feroz y temible que “la huella de su montura cabía apenas entre los montones de tierra que cubrían a sus víctimas” (p.184).

De ahí que los rumores de la revolución provocasen tanta reacción como la revolución misma, de tal manera que el hilo conductor de la novela se encuentra en los rumores, que tejen el relato entero (“se oía”, “se sabía”, “se decía”) y alrededor de los rumores “se reagrupaban los personajes, gracias a ellos se sabe lo que ocurre en otra parte, y por fin, son esos rumores, chismes a veces, (los que) forjan las reacciones de la gente, mucho más que los hechos efectivos” (Hullebroeck, 1982: 66). En efecto, los rumores quiebran la paz bucólica, alteran los ‘nervios’, encrespan los ánimos: “Simeón había hecho la pregunta como si nunca hubiera oído de tal cosa. -Yo no creo nada, compadre; se conversan muchos embustes... pero por si acaso, pasado mañana tengo ese tabaquito andando” (p.38).

La revuelta se percibe y se anticipa como una amenaza ineludible: “Se alzaba ante nosotros una vez más –dice el narrador– la amenaza de la mala vida, del refugio en las lomas inhóspitas, o en la remota frontera, o en otro país, en

último caso” (p.99). El narrador, testigo privilegiado de los hechos que narra, cuenta lo que oye: “Oyéndole contar a la gente supimos...” (p.77). En otro lugar dice: “Enfermo estaba yo, con una fiebre que me hacía arder la sangre, cuando recibimos las primeras noticias seguras” (p.83). Otro rasgo propio del narrador-testigo es referir lo que ve: “Y las espuelas eran de plata, si yo no había visto mal” (p.89).

La enfermedad del niño, que lo mantiene recluido siempre en la casa, sirve de estrategia narrativa, ya que al no salir de la casa puede conocerlo todo, lo que explica cómo estaba al tanto de todo y cómo podía captar tantas cosas. Naturalmente, como se trata de un niño, que por su condición infantil no lo puede ver todo, el autor da paso, con gran habilidad narrativa, a los mayores, para que ellos cuenten lo que han visto o protagonizado, por lo cual desfilan las intervenciones –orales, conductuales o referidas– de todos los personajes, tanto actuantes como figurantes, que participan en *La Mañosa*.

Como se trata en la mayoría de los casos de personajes del pueblo, al hablar el narrador registra sus giros elocutivos, las variantes dialectales en el plano regional y en el nivel sociocultural popular:

-Asina que vide ese animal tan tremendo, tan negro, desenvainé el machete y le tiré dos veces; pero la maldita tenía el cuero duro y nada más le partí el espinazo sin cortarla. Verdá es que el machete no estaba bien afilado, por mucho que el muchacho estuvo dándole en una piedrecita vieja que hay en casa. Bueno, se fue el bicho, yo creía que a morirse lejos, y como yo no lo diba a seguir entre tanto matojo, le dije al muchacho: “Sigue, hijo, que horitica se mete la noche” (p.18).

El narrador acude también a formas folklóricas de contar, al estilo tradicional de los cuentos de caminos que repiten los términos o las expresiones para traducir la intensidad o la duración o la distancia:

A pie, hurgando los potreros, preguntando en cada bohío, resuelto y desorientado, Veras anduvo y anduvo hasta que un día vio en el lado de un callejón unas huellas que le resultabas sospechosas (p.144).

También hace uso de los recursos eruditos de la narración, como el procedimiento enumerativo del antiguo contar:

Mero se apresuró para sujetarle el freno. Papá casi voló sobre la silla. Le vimos alzar una mano; vimos el anca redonda del animal, fuiteada por el anca veloz; vimos el camino torcer... (p.191).

La actitud del narrador no se disimula: condena las montoneras y se conduce del dolor ajeno, individual o colectivo. Bosch siente un amor entrañable por su pueblo, y la compasión que siente por el dolor humano fundamenta su creencia de que la guerra solo sirve para matar y destruir. El llanto de su madre representa el dolor de todas las madres que perdían a sus hijos en los sangrientos combates:

Mamá se prendía a la camisa de mi padre. Un llanto amargo le aventaba el pecho. Papá le calentaba las sienes con las manos y la dejaba llorar, porque ella lo hacía por todas las madres que había perdido sus hijos en la trágica fiesta de los tiros (p.180).

Simbólico también es el título de la novela, que representa el mal hábito o ‘maña’ de hacer cosas inútiles, como las revoluciones que constituyan nuestra maña nacional, y como arquetipo de la revoluciones montoneras, La Mañosa también lo será de los “clásicos golpes de Estado latinoamericanos”, experiencia que padeció el autor de la obra cuando le tocó ejercer la Presidencia de su país, como apunta Bosch en el prólogo de la obra.

Lenguaje, estilo y significación

La Mañosa está narrada desde el punto de vista del niño que cuenta lo que oye o ve, y a pesar de su inocencia o inexperiencia, presente el alcance de la tragedia nacional, que es el trasfondo de la novela. Desde esa óptica narrativa le vienen muy bien su aliento poético, su ternura lírica, sus figuraciones modernistas, sus rasgos criollistas que se suman a su carácter socio-realista.

Apreciamos, en efecto, una elaboración estética del lenguaje en expresiones como estas: “...se adivinaban unos hombres que manchaban el amanecer” (p.58); en la noche “trepidaban las sombras bajo el convite apremiante en aquella tambora” (p.73); las mayas “orillaban la sabana” (p.81); la mañana de vidrio “nadaba sobre los potreros” (p.114); el caballo “desmenuzaba el polvo del camino” (p.190).

Otro recurso paralelo es el de la humanización de las imágenes: una vena de agua rauda y limpia “salta los escalones de piedras y se cubre de blancas espumas” (p.61); una ceiba gigante “estaba atravesada en la ruta” y “una hilacha de luna forcejeaba con las nubes”(p.63); algunos disparos “cantaron en el anochecer” (p.84); la voz “se metía como punta de cuchillo en aquel roncar terrible de la lluvia” (p.120); y las nubes “se arrinconaban más allá de las lomas” (p.150) o sazonaba la noche “asomándose a las ventanas” (p.192). Y la “encrucijada se arremolinó sobre el saco negro de papá, robándosele a nuestro cariño” (p.40).

Pues bien, tanto la elaboración estética del lenguaje como la humanización de las imágenes son dos procedimientos poéticos orillados por el Modernismo, herencia que refleja La Mañosa. La prosa modernista de algunos pasajes de esta novela se acentúa con la ternura lírica que recubre sus páginas. Los procedimientos modernistas se alternan con los propios de Criollismo, movimiento en el que Bosch figura como uno de los más destacados cultivadores en la América hispánica. El fragmento siguiente revela el matiz criollista por el habla vulgar y las actitudes típicas populares que registra:

-Bueno... Pata e Cajón taba aquí, un ejemplo, y taba en La Vega. Andaba con un saco más grande que una casa y ahí iba metiendo cuanto muchacho topaba. Una vez nos llamó el gobernador a cinco presos, que tábamos en la cárcel por desgracias que le pasaban a uno y nos dijo: “Ya Pata e Cajón ta haciendo mucho daño; yo los suelto a todos ustedes si me lo consiguen”. Salieron los cinco presos; cada uno tomó caminos distintos, hacia los pasos de los ríos, porque Pata e Cajón tenía la propiedad de aparecer en varios sitios a un mismo tiempo...” (p.79).

Con una escena que anticipa el Realismo mágico se dice de Pata e Cajón que podía crecer o hacerse bajito como una hormiga, poderes que consiguió en Haití y que tenía “pañales de avispas en las barbas blancas”. Y el relato sigue de esta manera: “Una noche, pasada ya la media, José Veras, que cuidaba el paso de Pontón, vio bajar por los cerros de Terreno dos hachas de cuaba, grandes como pinos nuevos. José no era hombre capaz de sentir miedo; pero era tan impresionante el sordo ruido de pedregones desprendidos que salía de los cerros, y tan azul y extraña la lumbre que despedían aquellos hachos, que José se hincó, rezó un padre nuestro y dos salves y sintió no tener velas para alumbrarse el camino de los cielos” (p.80). De inmediato el narrador da cuenta de que por la sabana de Pontón empezó a cruzar una gigantesca figura que envolvía en la

sombra, a pesar de los hachos que la precedían y los hachos caminaban solos con pasmosa serenidad, igual que si la mano del diablo los sujetara.

Y sigue narrando una escena al modo como lo haría, años después, un Alejo Carpentier o un Gabriel García Márquez. José Veras se sintió heroico y comprometido, pero los tiros no le salieron y sudó frío: “El fantasma caminaba sobre él, así, volando, volando. José se aterrorizó hasta los mismos huesos y lanzó un grito terrible. Después...no supo más. Los vividores del lugar lo encontraron, a la mañana siguiente, tendido de cara al cielo, apretando el revólver con mano agarrotada” (p.81).

En otro pasaje se hace mención del alma penante que antes de morir había enterrado una botija, y como en el pasaje anterior, se registran las creencias de las gentes del pueblo, y se procede a dar el testimonio del narrante que dice, “puedo jurar que lo vide, como se lo toy contanto” (p.81). Al intento de buscar la botija enterrada, sentía la presencia del muerto encarnada en un gato que le maullaba:

-Pa mí que ese gato es Abenuncio. Momón calculó que sí; bien podía ser él. ¿No estaba penando el muerto? De seguro que el diablo no quería dejarle ir. Pero Momón tenía una oración que le había enseñado cierto brujo haitiano y con ella era capaz de irse al propio infierno. Me explicaba: -Esa oración no la dejó yo... cuando sea grandecillo se la voy a enseñar, por si se ve en apuros. Con ella no se siente miedo y si lo andan buscando usté la reza, le pasan por la verita y nadie lo ve (pp. 110-111).

Perfil narrativo y sociográfico

Como Miguel Ángel Asturias en Guatemala, Joao Guimaraes Rosa en Brasil y Arturo Uslar Pietri en Venezuela, Juan Bosch es en las Antillas el precursor del Realismo mágico que enaltecieron Alejo Carpentier y Juan Rulfo y que los narradores del “boom” latinoamericano cristalizarían a plenitud, alcanzando el más alto sitial de las letras contemporáneas por su calidad humana, social y artística.

Juan Bosch es uno de los grandes narradores de América, categoría lograda por la maestría literaria con que transmuta la materia de sus cuentos y novelas y por el dominio exhibido en las técnicas narrativas empleadas. A La Mañosa

le siguen cuentos que recogería a su retorno del exilio en tres volúmenes que cuentan hoy con numerosas ediciones. En todos ellos se aprecia su mirada es-crutadora para describir con insuperable acierto el paisaje criollo, el ambiente campesino, las situaciones conflictivas narradas con el tono apropiado a una sensibilidad abierta que sabe captar y expresar la reacción de los personajes, la fisonomía de los hechos y las condiciones del ambiente con el ejemplar manejo de la prosa que hace de nuestro narrador un escritor eminente de la lengua española.

Junto a los elementos autobiográficos engarzados a la historia narrada en *La Mañosa* apreciamos una actitud de denuncia de una realidad socio-política que configuró buena parte de nuestra historia republicana. La guerra civil, como hecho central dominante, atrae la atención de todos y compite con los personajes e influye en sus comportamientos y actitudes. Presente está también lo folklórico en la cultura viva del pueblo con su idiosincrasia y su modo de actuar, de pensar y de sentir.

La exuberancia formal en el empleo de la imágenes, junto a la técnica narrativa, el uso de formas dialogantes caracterizadoras y las abundantes descripciones del paisaje cibaeño con la gracia y la frescura de un colorido fotograma se alían a una actitud moralizante expresada en una clara condena de la violencia destructora, los crímenes injustificados, la deshonra o las injusticias. La ponderación de los valores humanos como la bondad, la solidaridad, la valentía, el trabajo honrado, la unidad familiar o el respeto a los mayores contribuyen a exaltar al hombre del campo, sus valores tradicionales, la paz bucólica de la campiña, la ficción idílica como elementos correlativos del encanto de la vida campesina.

La *Mañosa* entraña un cuestionamiento a cuanto se deriva del personalismo:

- 1.- Crítica social al inveterado comportamiento de resolver nuestras disputas y conflictos y disensiones en la manigua cruenta.
- 2.- Crítica social a la inveterada costumbre nacional de usufructuar como botín la conquista del Poder.
- 3.- Crítica social a la inveterada actitud caudillista de la rigidez mental que lo hacía prisionero de sus propios esquemas políticos.
- 4.- Crítica social a la inveterada actitud caudillista de acudir a la violencia armada para aplastar al adversario mediante la eliminación física o la declaración de guerra.

5.- Crítica social a la inveterada tradición caudillista que concentra en las manos del caudillo gobernante todo el poder del Estado, usando a discreción personal los recursos estatales y confundiéndose los intereses del caudillo con los intereses nacionales.

Esa crítica múltiple y abierta a las revoluciones montoneras que entraña La Mañosa, alcanza también, de un modo velado o sugerido, al comportamiento de los caudillos. De ahí se desprenden estas consecuencias que deseo subrayar:

1.- El personalismo caudillista, que se traduce en una actitud individualista y que originalmente era privativo de ese estamento gerencial, ha terminado extendiéndose, tras varios procesos de expansión y contagio, primero a las capas medias de la probación y después a todos los sectores sociales en tal grado y magnitud que ese individualismo antisocial e insolidario se ha convertido en una pandemia en los estamentos de la sociedad dominicana.

2.- Las actitudes y los comportamientos individualistas terminan minando el bienestar social debido a que cuando se le busca la solución personal a un problema colectivo o general, olvidándose el bien común, cada individuo busca cómo resolver lo que le afecta, o dicho en términos de la novela, se busca asegurar “la tajada de la res”, y puede referirse lo mismo a un problema político que económico, social o cultural, y hemos llegado a una situación, producto del deterioro de las condiciones de vida, que los dominicanos nos estamos comportando como si no formásemos parte de un conglomerado social y actuamos como una unidad autónoma (una planta eléctrica privada, un pozo de agua tubular individual, un tele-cable unifamiliar, etc.) y, desde luego, no se piensa en el país, y hemos caído en el extremo de ‘sálvese quien pueda’ (“Que compre el que pueda, llegó a decir un desaguisado Ministro del Gobierno). El comportamiento caudillista, que se ha apoderado de cada ciudadano, hay que verlo como expresión de una sociedad que cifra en el caudillo su esperanza y su futuro.

3.- Fello Macario, el nombre del General guerrillero que en la ficción encarnaba la figura del caudillo regional, no sabía leer, es decir, carecía de la instrucción escolar y de formación académica, pero con su sable rubricaba las órdenes de ejecución. No precisaba de cultura intelectual; no era necesario saber para mandar, y si ese triunfante General de nuestras viejas mонтонeras no sabía leer y aun así pudo llegar a la jefatura de la Gobernación y disponer de vidas, bienes y servicios “a su discreción”, la lección que aprende el pueblo de ese ejemplo es la de que no hay que estudiar para alcanzar prestigio y poder y para ascender social y económicamente, y si un pueblo inmaduro y atrasado deriva esa conclusión, como en efecto ha acontecido, no sólo en tiempos de Concho Primo sino en los actuales, quiere decir que vivimos en una sociedad que se rige por la suerte de

los más ‘vivos’, que carece de líderes formados cabalmente con una concepción de que al Estado se va servir no a servirse, y como carecemos de mecanismos institucionales que funcionen realmente, hemos visto en varias oportunidades el acceso al poder de la mediocracia con las consecuencias negativas para el país. Precisamos reorientar nuestro sistema educativo para que los que acudan a las aulas reciban una auténtica formación intelectual y se forme una élite académica que sepa dirigir, que señale el camino, que sepa conducir y orientar a la población y que reencause los destinos nacionales. No se trata de confiar en el liderazgo natural de talentos improvisados o de líderes prefabricados por una mercadotecnia publicitaria que a la hora de gobernar no saben lo que tienen que hacer. Hay que contar con mecanismos institucionalizados que proporcionen la selección de los dirigentes capaces, honestos y responsables.

4.- Las actuaciones de las personas socialmente significativas no son hechos aislados o marginales; devienen para el pueblo verdaderas pautas de conducta, de manera pues, que el comportamiento de los líderes locales o nacionales, así como el de los individuos con prestigio social, político o cultural, termina siendo imitado por los sectores populares, razón por la cual la búsqueda desenfrenada de dinero y de poder, que antaño era una ambición restringida a un segmento reducido de la sociedad, ya se ha vuelto norma común en todos los estamentos sociales, de tal manera que la posesión de fortuna material se ha convertido en el único y máspreciado ideal de la población.

5.- Como consecuencia obvia, los dirigentes nacionales y los líderes intermedios deben tener un comportamiento que se corresponda con su alta misión, de manera que sus acciones y sus palabras sean las determinantes y sirvan a los demás de pauta ejemplar. Líderes radicales de otros tiempos, tras su paso por el Poder, cambian la retórica de su lenguaje al influjo avasallante de la fortuna mal habida, por un proceso de ‘recuperación’ que los ha llevado a ser soportes de las estructuras sociales y culturales que en otros tiempos combatían. No basta con que el dirigente aparente una conducta; tiene que tener una actuación fundada en principios éticos coherentes. No basta autoproporclamarse honrado, honesto y practicante de principios. Si un gobernante o alto funcionario hace un manejo doloso y turbio de los bienes del Estado, aunque pretenda ocultarlo, termina sabiéndose, cosechando, por su nefasto comportamiento, un repudio por su malvado contubernio con el descaro y la maldad. En la ficción montonera que comentamos, don Pepe le enrostra al propio General Macario el mal uso que hizo de su poder y valimiento cuando estaba usufructuando indebidamente los beneficios del poder.

La Mañosa anticipa la gran vitalidad de la narrativa latinoamericana. Logra un perfil de la vida y la sociedad en la zona rural tradicional en una forma que trasciende el dato local con una proyección universal. Con esta novela Bosch refleja las condiciones de una realidad histórica peculiar, la vida campesina en medio de las ‘revoluciones’ tradicionales, y con un lenguaje y un tratamiento narrativo que ilustra la valía de un movimiento literario con raigambre social y proyección popular.

En nuestros días La Mañosa no sólo conserva su frescura lírica y la visión idílica del paisaje. El tema de esta hermosa novela sigue latente en la sociedad actual, puesto que su esencia sigue inalterable y su símbolo también. Esa es la gran significación socio-cultural de una de las novelas más importantes de la ficción montonera.

Bibliografía

Bosch, Juan

- 1936 *La Mañosa*. Santiago de los Caballeros: Editorial El Diario.
1978 *Composición social dominicana*. Santo Domingo: Alfa y Omega, 8^a Edición.
Hullebroeck, Joelle
1982 Análisis de La Mañosa. En *Eme-Eme*, XI (62), 66, septiembre- octubre. Publicación de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago de los Caballeros.

Ovando, Augusto

- 1985 Entrevista indiscreta. En *Hoy*, Santo Domingo, 29 de Enero.

Santana y Santana, Rafael

- 1936 Sobre La Mañosa. En *Listín Diario*, Santo Domingo, 13 de septiembre de 1936. Reproducido en *Ahora* 349, 23-24. Santo Domingo, julio de 1970.

Fecha de recepción: agosto 31/ 2014; fecha de aceptación: diciembre 17/ 2014